

buscaré aliados en la cancillería. Yo sé cómo coger á ese libertino Lupeaulx para que haga firmar la real orden. ¿No te he dicho ya que cuando te falte un escalón para coger tu presa, te servirá de escabel el cadáver de Coralía?

Al día siguiente, Luciano permitió que su nombre figurase entre el de los colaboradores del *Despertar*. Su nombre fué anunciado como una conquista en los prospectos que se distribuyeron en número de cien mil. Luciano asistió á la comida inaugural, que duró nueve horas, y en la cual tomaron parte los corifeos de la prensa realista: Martainville, Auger, Destains y una multitud de autores vivos que en aquella época trabajaban por la monarquía y la religión.

—Buena la van á recibir los liberales—dijo Héctor Merlín.

—Señores—respondió Nathán, que se había afiliado también al partido considerando que valía más ser amigo que enemigo de la autoridad para la explotación que pensaba hacer del teatro,—si les hacemos la guerra, hagámosela seriamente, no nos tiremos con balas de corcho. Ataquemos á todos los escritores clásicos y liberales sin distinción de edad ni de sexo, pasémosles por el tamiz de la sátira y no les demos cuartel.

—Seamos honrados y no nos ablandemos con los ejemplares, los regalos y el dinero de los libreros. Restauremos el periodismo.

—Bien—dijo Martainville.—*Justum et tenacem propositi virum*. Seamos implacables y mordaces.

—Yo me encargo de los héroes del *Constitucional*, del sargento Mercier, de las obras completas del señor de Jouy y de los ilustres oradores de la izquierda—dijo Luciano.

A la una de la mañana, una guerra á muerte fué resuelta y votada por unanimidad por los redactores, que ahogaron todos sus matices y todas sus ideas anteriores en un ardiente ponche.

—Hemos cogido una famosa borrachera monárquica y religiosa—dijo en el umbral de la puerta uno de los escritores más célebres de la literatura romántica.

Esta frase histórica, repetida por un librero que asistió á la comida, apareció al día siguiente en *El Espejo*; pero su revelación fué atribuida á Luciano. La desertión de éste fué la señal de un espantoso clamoreo por parte de los periódicos liberales, los cuales trataron á Luciano de la ma-

nera más cruel, contando los infortunios de sus sonetos y haciendo saber al público que Dauriat prefería perder mil escudos que imprimirlos.

Una mañana, en aquel mismo periódico en que Luciano se había estrenado con tanta brillantez, leyó las siguientes líneas escritas únicamente para él, pues el público aún no podía comprender la broma:

*\* \* \* Si el librero Dauriat persiste en no publicar los sonetos del futuro Petrarca francés, nosotros obraremos como enemigos generosos y abriremos nuestras columnas para publicar esos poemas, que deben ser picantes, á juzgar por el que nss envía un amigo del autor.*

Y bajo este terrible anuncio, el poeta leyó un soneto tan mortificante para él, que le hizo llorar á lágrima viva.

Vernou habló de la pasión de Luciano por el juego y de *El Arquero*, como de una obra antinacional, en la que el autor defendía á los asesinos católicos en contra de las víctimas calvinistas. En ocho días, esta querella se agrió. Luciano contaba con su amigo Lousteau, que le debía mil francos, y con el cual había hecho secretos pactos; pero Lousteau se convirtió en enemigo jurado de Luciano. He aquí cómo. Hacía tres meses que Nathán amaba á Florina y no sabía cómo quitársela á Lousteau, para el cual resultaba la actriz una providencia. En medio de la angustia y de la desesperación en que se encontraba esta joven al verse sin contrata, Nathán, colaborador de Luciano, fué á ver á Coralía y le rogó que ofreciese á Florina un papel en una pieza suya, al mismo tiempo que prometía á la actriz sin teatro una contrata condicional en el Gimnasio. Florina, cegada por la ambición, no titubeó, pues ya había tenido tiempo de observar á Lousteau. Nathán era un ambicioso literario y político, un hombre que tenía tanta energía como necesidades, mientras que en Lousteau los vicios destruían por completo su voluntad. La actriz, que quería reaparecer rodeada de un nuevo brillo, entregó á Nathán las cartas del droguero, y Nathán se las entregó á Matifat á cambio de la sexta parte del periódico codiciada por Finot. Florina tuvo entonces un magnífico piso en la calle de Hauteville, y á la faz de todo el periodismo y de todo el mundo teatral, se puso bajo la protección de Nathán. Lousteau se sintió tan

cruelmente herido con este lance, que lloró al final de una comida que sus amigos le dieron para consolarle. En aquella orgía, los convidados opinaron que Nathán había obrado naturalmente. Algunos escritores como Finot y Vernou conocían la pasión del dramaturgo por Florina; pero en lo que estaban todos conformes, era en que Luciano había faltado en aquella ocasión á las leyes más santas de la amistad. El espíritu de partido, el deseo de servir á sus nuevos amigos, hacía inexcusable al nuevo realista.

—Nathán se ha dejado llevar por la lógica de las pasiones; mientras que el gran hombre de provincias, como dice Blondet, obedece á cálculos—exclamó Bixiou.

Siendo esta la opinión general, la pérdida de Luciano, de aquel intruso, de aquel pillastre que quería eclipsar á todo el mundo, quedó unánimemente resuelta y profundamente meditada. Vernou, que odiaba á Luciano, se encargó de no dejarle de la mano. Para dispensarse de pagar mil escudos á Lousteau, Finot acusó á Luciano de haberle impedido ganar cincuenta mil francos comunicándole á Nathán el secreto de la operación contra Matifat. Nathán, aconsejado de Florina, se había procurado el apoyo de Finot vendiéndole la sexta parte del periódico por mil quinientos francos, y Lousteau, que perdió los mil escudos, no perdonó á Luciano esta enorme lesión en sus intereses. Las heridas del amor propio se hacen incurables cuando el óxido de plata penetra en ellas. Ninguna descripción, ninguna pintura podría dar una idea de la rabia que se apodera de los escritores cuando el amor propio sufre, ni de la energía que emplean en los momentos en que se sienten heridos por las flechas envenenadas de la burla. Aquellos cuya energía y resistencia están estimuladas por el ataque, no tardan en sucumbir. Las gentes tranquilas cuya norma y plan de conducta están pensados después del profundo olvido en que cae un artículo injurioso, son las que despliegan el verdadero valor literario. Al primer golpe de vista, los débiles parecen ser los fuertes; pero su resistencia no es sino momentánea. Durante los primeros quince días, Luciano, furioso, soltó una lluvia de artículos en los periódicos realistas, compartiéndose con Hector Merlín el peso de la crítica. Siempre en la brecha del *Despertar*, empleó en la lucha todo su ingenio, si bien apoyado por Martainville, único que le sirvió desinteresadamente. Cuando Luciano iba á la sala de descanso del

Vaudeville, ya no era tratado como amigo, y los únicos que le daban la mano eran los de su partido; mientras que Nathán, Héctor Merlín y Teodoro Gaillard fraternizaban sin rubor con Finot, Lousteau, Vernou y algunos de aquellos periodistas condecorados con el título de *buenos muchachos*. En aquella época, la sala de descanso del Vaudeville era el foco de las maledicencias literarias, una especie de círculo adonde acudían gentes de todos los partidos, políticos y magistrados. Después de una reprimenda hecha en cierto consejo, el presidente, que había reprochado á uno de sus colegas el que manchase la toga entre bastidores, se encontró frente á frente del amonestado en la sala de descanso del Vaudeville. Lousteau acabó por dar allí la mano á Nathán. Finot era también uno de los que concurrían casi todas las noches. Cuando Luciano tenía tiempo, estudiaba en aquel círculo las disposiciones de sus enemigos, y aquel desgraciado muchacho veía siempre en ellos una implacable frialdad.

En aquella época, el espíritu de partido engendraba odios mucho más serios que hoy. Hoy la crítica, después de haber inmolado el libro de un hombre, le tiende la mano, y la víctima tiene que abrazar al sacrificador, so pena de ser pasado por las horcas caudinas de la broma y tildado de insaciable, orgulloso, mezquino y rencoroso. Hoy, cuando un autor ha recibido por la espalda la puñalada del traidor y ha evitado los lazos tendidos con infame hipocresía, oye que sus asesinos le saludan con pretensiones á su estimación y á su amistad. Todo se excusa y se justifica en una época en que se ha transformado la virtud en vicio y se han erigido ciertos vicios en virtudes. El compañerismo se ha convertido en la más santa de las libertades. Los jefes de los partidos más opuestos se hablan á media voz, si bien con cierta cortésia. En aquellos tiempos, se necesitaba verdadero valor para que ciertos escritores realistas permaneciesen en el mismo teatro que los escritores liberales, y digo verdadero valor, porque se oían allí las provocaciones más odiosas. Las miradas iban cargadas como pistolas, y la menor chispa podía dar motivo á una querrela. No había entonces más que dos partidos, el realista y el liberal, los románticos y los clásicos, el mismo odio debajo dos formas, un odio que hacía comprender los patíbulos de la Convención. Luciano, que se había hecho realista y romántico furioso, de liberal

y volteriano que había sido al empezar, se halló, pues, bajo el peso de las enemistades que se cernían sobre la cabeza del hombre más odiado de los liberales de aquella época, de Martainville, único que le defendió y que le quiso. Esta solidaridad dañó á Luciano. Los partidos son ingratos con sus centinelas y abandonan fácilmente á sus hijos perdidos. En política, sobre todo, los que quieren medrar deben marchar con lo más grueso del ejército. La mayor maldad de los periodistas fué aparejar á Luciano y á Martainville. El liberalismo los presentó dándose el brazo, y esta amistad, falsa ó verdadera, les valió á ambos artículos escritos con hiel por Feliciano, el cual lamentaba el éxito de Luciano en la elevada sociedad, y, al igual que todos los antiguos compañeros del poeta, creía en su próxima elevación. La pretendida traición de Luciano fué recargada y embellecida por las circunstancias más agravantes. Luciano recibió el nombre de pequeño Judas, pues Martainville era acusado, con razón ó sin ella, de haber entregado el puente del Pecq á los ejércitos extranjeros. Luciano le respondió riendo á Lupeaulx que él, por su parte, seguramente había entregado el puente á los asnos. El lujo de Luciano, aunque vacío y fundado únicamente en esperanzas, sublevaba á sus amigos, los cuales no le perdonaban sus esplendores de la calle de Vendôme. Todos comprendían instintivamente que un hombre joven y hermoso, ocurrente y corrompido por ellos, debía llegar á todas partes; y emplearon todos los medios para derribarlo.

Algunos días antes del estreno de Coralía en el Gimnasio, Luciano se presentó de braceró con Héctor Merlin en el salón de descanso del Vaudeville. Merlin reprendía á su amigo por haber servido á Nathán en el asunto de Florina.

—Se ha creado usted dos enemigos mortales con Lousteau y Nathán. Yo le había dado buenos consejos y usted no ha sabido aprovecharlos. Ha distribuido usted el elogio y ha derramado los beneficios, y se ha de ver cruelmente castigado por sus buenas acciones. Florina y Coralía no vivirán en buena inteligencia mientras pisen la misma escena, porque la una siempre querrá ser más que la otra, y los únicos periódicos que le quedan á usted para defender á Coralía son los nuestros. Nathán, además de las ventajas que le proporciona su reputación de autor dramático, dispone de los

periódicos liberales para la cuestión de los teatros, pues milita en el periodismo hace mucho más tiempo que usted.

Esta frase estaba de acuerdo con temores secretos de Luciano, el cual no encontraba en Nathán ni en Gaillard la franqueza á que tenía derecho; pero no podía quejarse, ¡hacía tan poco tiempo que se había convertido! Gaillard abrumaba á Luciano diciéndole que los recién llegados tenían que dar pruebas de fidelidad antes que su partido se fiase de ellos. El poeta encontraba en las redacciones de los periódicos realistas y ministeriales una envidia en la que no había pensado, la envidia que se desarrolla entre los hombres cuando hay algo que repartir, la cual los hace comparables á perros que se disputan una presa: entonces lanzan los mismos gruñidos y adquieren las mismas actitudes y los mismos caracteres. Aquellos escritores se hacían mil traiciones secretas para dañarse unos á otros, se acusaban de frialdad, y para desembarazarse de su competidor, empleaban las más péfidas maquinaciones. Encontrándose lejos del poder y de sus dádivas, los liberales no tenían motivo alguno de lucha instintiva. Al entrever aquella inextricable red de ambiciones, Luciano no tuvo bastante valor para sacar la espada á fin de cortar sus nudos, ni se sintió con paciencia para desenredarlos, y como no podía ser el Aretino, ni el Beaumarchais, ni el Frerón de su época, se atuvo á su único deseo de obtener la real orden, comprendiendo que esta restauración le valdría un buen casamiento. Su fortuna no dependería entonces más que de una casualidad, á la cual contribuiría también su belleza. Lousteau, que le había dado prueba de tanta confianza, poseía el secreto de Luciano, y el periodista sabía cómo herir de muerte al poeta de Angulema. El día en que Merlin le llevó al salón de descanso del Vaudeville, Esteban había preparado á Luciano un lazo horrible, en el cual debía caer y sucumbir aquel pobre muchacho.

—Aquí está nuestro guapo Luciano—dijo Finot cogiendo á Lupeaulx y llevándole á presencia del poeta, cuya mano tomó, prodigándole los cariñosos halagos de la amistad.—No conozco ejemplo de fortuna tan rápida como la suya—dijo Finot mirando sucesivamente á Luciano y al refrendario.—En París, la fortuna es de dos especies. Hay la fortuna material, el dinero, que todo el mundo puede amontonar, y la fortuna moral, las relaciones, la posición, el acceso á un

mundo inabordable para ciertas personas, cualquiera que sea su fortuna material, y mi amigo...

—Nuestro amigo—dijo Lupeaulx dirigiendo á Luciano una cariñosa mirada.

—Nuestro amigo—repuso Finot manteniendo la mano de Luciano entre las suyas, ha hecho en este terreno una brillante fortuna. A decir verdad, Luciano tiene más medios, más talento y más ingenio que todos sus envidiosos, sin contar con su atractiva belleza; así es que sus antiguos amigos no le perdonan sus éxitos y dicen que ha tenido suerte.

—Esta clase de suerte no la tienen nunca los imbéciles ni los inhábiles—dijo Lupeaulx.

—¿Se puede llamar acaso suerte al talento de Napoleón? Este tuvo á sus órdenes veinte generales en jefe para mandar los ejércitos de Italia, como hay en este momento cien óvenes que quisieran entrar en casa de la señorita de Touches, la cual dice el mundo que está destinada á usted para esposa, querido mío—añadió Lupeaulx dando un golpecito en la espalda á Luciano.—¡Ah! Usted goza hoy de favor. Las señoras de Espard, de Bargetón y de Montcornet están locas por usted. ¿No está usted invitado esta noche á la velada de la señora Firmiani y mañana al sarao de la duquesa de Grandlieu?

—Sí—dijo Luciano.

—Permitame usted que le presente á un joven banquero, al señor Tillet, hombre digno de usted, pues ha sabido hacer una hermosa fortuna en poco tiempo.

Luciano y Tillet se saludaron, entablaron conversación, y el banquero invitó á comer al poeta. Finot y Lupeaulx, dos hombres igualmente profundos y que se conocían bastante para permanecer siempre amigos, parecieron continuar una conversación comenzada, dejaron hablando juntos á Luciano, á Merlín, á Tillet y á Nathán, y fueron á sentarse en uno de los divanes que había en el salón de descanso del Vaudeville.

—Amigo mío—dijo Finot á Lupeaulx,—dígame usted la verdad, ¿está Luciano seriamente protegido, cuando tanto le atacan mis redactores? Antes de favorecer la conspiración de éstos, he querido consultarle á usted para saber si sería mejor favorecer á ese muchacho.

Dicho esto, el refrendario y Finot hicieron una ligera pausa, durante la cual se miraron con profunda atención.

—Querido mío—dijo Lupeaulx,—¿cómo puede usted imaginar que la marquesa de Espard, Chatelet y la señora de Bargetón, que ha hecho nombrar al barón prefecto de Charente y conde para entrar triunfalmente en Angulema, perdonen á Luciano sus ataques? Le han atraído al partido realista para anularle, y hoy todos buscan motivo para negar á ese muchacho lo que le han prometido. Encuéntralo usted y habrá hecho un inmenso favor á esas dos mujeres, las cuales se lo pagarán un día ú otro. Yo poseo el secreto de esas dos damas, que odian á ese muchacho de un modo que me ha sorprendido. Ese Luciano podía desembarazarse de su mayor enemigo la señora de Bargetón, continuando sus ataques sin cesar, á no ser mediante condiciones que á todas las mujeres les gusta ejecutar ¿comprende usted? Es guapo, joven, ahogaría ese odio en torrentes de amor, sería entonces conde de Rubempré, y la jibia le habría procurado alguna sinicura en la casa real. Luciano haría un magnífico lector de Luis XVIII, y habría sido bibliotecario de cualquier parte, refrendario de broma ó cualquier otra cosa. Ese tontuelo la ha errado, y tal vez es esto lo que no le han perdonado. En lugar de imponer condiciones, se las han impuesto á él. El día en que Luciano se dejó coger con la promesa de la real orden, el barón del Chatelet dió un gran paso. Coralía ha perdido á ese muchacho. Si no hubiese tenido á la actriz por querida, hubiera vuelto á amar á la jibia, y ésta lo hubiera aceptado.

—¿De modo que podemos reventarlo?—dijo Finot.

—¿Por qué medio?—preguntó negligentemente Lupeaulx, el cual quería valerse de este servicio para captarse la voluntad de la marquesa de Espard.

—Hay un pacto que le obliga á trabajar en el periódico de Lousteau, y nosotros lograremos artículos suyos tanto más fácilmente cuanto que no tiene un céntimo. Si el ministro se siente molestado por algún artículo y se le prueba que Luciano es su autor, le considerará como hombre indigno de las bondades del rey. Para lograr que el gran hombre pierda un poco la cabeza, hemos preparado la caída de Coralía, y por lo tanto, verá á su querida caída y sin contrata. Una vez suspendida la real orden indefinidamente, nosotros rechiflaremos de nuestra víctima sacando á relucir sus pretensiones aristocráticas y hablando de su madre partera y de su padre boticario. Luciano sólo tiene un valor super-

ficial, sucumbirá y volveremos á enviarle á su tierra. Por medio de Florina, Nathán me ha procurado la compra del sexto de la revista que poseía Matifat; he podido comprar también la parte del fabricante de papel, y ahora estoy solo con Dauriat. Usted y yo podríamos entendernos para apoderarnos de este periódico y ponerlo al servicio de la corte. Yo he prometido proteger á Florina y á Nathán mediante la adquisición del sexto que deseaba, ellos me lo han proporcionado y tengo que servirles; pero antes quisiera conocer las probabilidades de éxito de Luciano.

—Vamos, es usted digno de su nombre, me gustan los hombres como usted,—dijo Lupeaulx riéndose.

—Bueno ¿puede usted hacer que Florina logre una contrata definitiva?—dijo Finot al refrendario.

—Sí, pero desembarácenos usted de Luciano, porque de Marsay y Rastignac no quieren oír hablar más de él.

—No tenga usted cuidado—dijo Finot.—Nathán y Merlin tendrán siempre artículos, que Gaillard había dado promesa de admitir; Luciano no podrá escribir ni una línea, y así le cortaremos los víveres. Sólo contará con el periódico de Martainville para defenderse y defender á Coralia, y un periódico contra todos es imposible que resista.

—Yo le diré á usted los lugares sensibles del ministro; pero entréguele el manuscrito del artículo que usted habrá hecho hacer á Luciano—le respondió Lupeaulx, que se guardó bien de decir á Finot que la real orden prometida á Luciano era una broma.

Lupeaulx dejó el salón de espera. Finot se encaminó hacia Luciano, y con un tono de franqueza que engaña á tantas gentes, le explicó cómo no podía renunciar á la colaboración que le había prometido. Finot reculaba ante la idea de un pleito que arruinaría las esperanzas que su amigo veía en el partido realista. A Finot le gustaban los hombres que tenían valor bastante para cambiar atrevidamente de opinión. ¿No tenían Luciano y él mil ocasiones de encontrarse en la vida y de prestarse mutuos favores? Luciano necesitaba un hombre seguro en el partido liberal para poder atacar á los ministeriales que se negasen á servirle.

—Si se burlan de usted ¿qué recurso le queda?—acabó diciendo Finot.—Si algún ministro, creyéndole cogido por el ronzal de su apostasía, deja de temerle y le envía á paseo, ¿no le será conveniente tener algún medio de atacarle?

Usted está reñido á muerte con Lousteau, que pide á toda costa su cabeza. Feliciano no le habla. El único que le queda soy yo. Una de las normas de mi conducta estriba en vivir en buena inteligencia con los hombres que disponen de verdadera fuerza, y en el mundo que usted frecuenta tendrá ocasión de devolverme el equivalente de los favores que yo le hago en la prensa. Pero los negocios son ante todo. Envieme usted artículos puramente literarios que no le comprometerán, y así cumplirá lo convenido.

Luciano sólo vió amistad mezclada con sabios cálculos en las proposiciones de Finot, cuya adulación, unida á la de Lupeaulx, le había puesto de buen humor; así es que le dió las gracias á Finot!

En la vida de los ambiciosos y de todos aquellos que sólo pueden medrar con la ayuda de los hombres y de las cosas mediante un plan de conducta mejor ó peor combinado, seguido y mantenido, llega un cruel momento en que un poder desconocido le somete á rudas pruebas; todo falta á la vez, el hilo se rompe ó se enreda por todas partes y la desgracia aparece implacable. El hombre que pierde la cabeza en medio de este desorden moral, está muerto. Los que saben resistir esta primera prueba, los que se mantienen rígidos mientras pasa la tormenta, son los hombres verdaderamente fuertes. A no ser que hayan nacido ricos, todos los hombres tienen lo que es preciso llamar la semana fatal. Para Napoleón, esta semana fué la retirada de Moscou.

También para Luciano se presentaba ahora este cruel momento. Todo había sucedido felizmente para él en el mundo literario, y en la elevada sociedad había sido demasiado dichoso, y tenía que ver á los hombres y á las cosas volviéndose contra él. El primer dolor fué el más vivo y el más cruel de todos, y le alcanzó donde él se creía invulnerable, en su corazón y en su amor. Coralia podía no ser lista, pero estaba dotada de una alma hermosa, y poseía la facultad de mostrarla mediante esos arranques que suelen tener las grandes actrices. Este extraño fenómeno, mientras no se ha convertido en un hábito mediante su prolongado uso, está sometido á los caprichos del carácter, y á veces, á un admirable pudor que domina á las actrices que son aún jóvenes. Sencilla y tímida en su interior, desenvuelta y atrevida en apariencia, como debe serlo una cómica, Coralia, amante aún, sentía que reaccionaba su corazón de mujer bajo su

máscara de cómica. El arte de fingir los sentimientos, esa sublime falsedad, no había aún logrado imperar en ella sobre la naturaleza, tanto, que se sentía avergonzada de dar al público lo que sólo pertenecía al amor. Por otra parte, sentía esa debilidad propia de las mujeres sinceras. Aunque se sentía llamada á reinar como soberana en escena, tenía necesidad del éxito. Incapaz de afrontar un público con el cual no simpatizaba, temblaba siempre al presentarse en las tablas, y entonces la frialdad del público podía helarla. Esta terrible emoción le hacía sentir en cada nuevo papel todos los temores de un estreno. Los aplausos le causaban una especie de embriaguez, inútil para su amor propio, pero indispensable para su valor; un murmullo de desaprobación ó el silencio de un público distraído, le quitaba las fuerzas, mientras que una sala llena, atenta y miradas admiradoras y benévolas la electrizaban, poniéndose entonces en comunicación con las cualidades nobles de aquellas almas y sintiéndose con poder para levantarlas y convencerlas. Este doble efecto daba una idea de la naturaleza nerviosa, de las delicadezas y de las ternuras de aquella pobre muchacha. Luciano había acabado por apreciar los tesoros que encerraba aquel corazón, y había reconocido cuán niña era su querida. Inhábil para las falsedades propias de la actriz, Coralia era incapaz de defenderse de las rivalidades y de los manejos de bastidores á que se entregaba Florina, muchacha tan peligrosa y depravada ya, como sencilla y generosa era su amiga. Coralia no exigía nunca papeles, pues era demasiado altiva para implorar á los autores, aceptando deshonrosas condiciones, y para entregarse al primer periodista que la amenazase con su pluma. El talento, tan raro ya en el arte extraordinario del cómico, sólo es una condición del éxito, y resulta á veces perjudicial si no va acompañado de un cierto carácter intrigante, del cual carecía en absoluto Coralia. Previendo los sufrimientos que esperaban á su amiga al estrenarse en el Gimnasio, Luciano quiso procurarle un triunfo á toda costa. El dinero que le quedaba de la venta del mobiliario y todo el que Luciano ganaba, había sido invertido en trajes y en los demás gastos que exige un estreno. Algunos días antes, Luciano había resuelto dar, por amor, un paso verdaderamente humillante: había tomado las letras de Fendant y Cavalier y se había ido á la calle de los Bourdonnais, el Coco de Oro, á

proponerle su descuento á Camusot. El poeta no estaba aún tan corrompido para dar friamente este paso, y antes de darlo sufrió mucho y tuvo que sostener una verdadera lucha consigo mismo; pero, al fin, se decidió á presentarse en el despacho frío y obscuro, ocupado gravemente, no ya por el enamorado de Coralia, el bonachón, el holgazán, el libertino, el incrédulo Camusot, á quien conocía, sino al serio padre de familia, el negociante astuto y virtuoso, investido con el cargo de magistrado del tribunal de comercio y defendido por la frialdad patronal de un jefe de casa rodeado de dependientes, de cajeros, de facturas y de muestras, y acompañado de su mujer y de su hija, sencillamente vestidas. Luciano tembló de pies á cabeza al dirigirle la palabra, pues el digno negociante le lanzó la misma mirada indiferente que había visto ya en los ojos de los demás banqueros.

—Aquí le traigo á usted estos valores, y le agradecería en el alma que me los tomase, señor—dijo Luciano manteniéndose de pie ante el negociante sentado.

—Usted me ha tomado algo, señor, ya me acuerdo—dijo Camusot.

A continuación, Luciano le explicó la situación de Coralia en voz baja al comerciante en sedas, el cual pudo oír las palpitaciones del poeta humillado. No entraba en las intenciones de Camusot el que Coralia sufriese un fracaso. Mientras le escuchaba, el negociante miraba las firmas y se sonrió, pues era juez del tribunal del comercio y conocía la situación de los libreros. Sin embargo, le dió cuatro mil quinientos francos á Luciano, con la condición de que pudiese en el endoso: *Valor recibido en sedas*. Luciano se fué en el acto á ver á Braulard y quedó arreglado con él para asegurarle á Coralia un éxito. Braulard prometió ir y fué al ensayo general á fin de convenir en las escenas en que su gente debía de aplaudir para despertar el entusiasmo. Luciano entregó el resto del dinero á Coralia, ocultándole su visita á Camusot, y calmó las inquietudes de la actriz y de Berenice, la cual no sabía ya cómo hacer para cubrir las necesidades de la casa. Martainville, que era uno de los hombres de aquel tiempo que mejor conocía el teatro, había ido ya varias veces á hacerle repetir á Coralia su papel. Luciano consiguió la promesa de artículos favorables por parte de algunos escritores realistas, y, por lo tanto, no sospe-

chaba la desgracia. La víspera del estreno de Coralia, ocurrió una cosa funesta para Luciano. El libro de Arthez había sido publicado, y el redactor en jefe del periódico de Héctor Merlin se lo dió al poeta, considerándole el más á propósito para dar cuenta de él. Luciano debía su fatal reputación de crítico á los artículos que había hecho acerca de la obra de Nathán. Había mucha gente en la redacción, que estaba ocupada por todos los colaboradores, y Martainville había ido allí también para ponerse de acuerdo acerca de un punto en la polémica general entablada por los periódicos realistas contra los periódicos liberales. Nathán, Merlin y todos los redactores del *Despertar*, hablaban de la influencia del periódico semihebdomadario de León Giraud, influencia tanto más perniciosa, cuanto que su lenguaje era prudente, juicioso y moderado. Empezaba á comentarse la importancia del cenáculo de la calle de los Cuatro Vientos, y había quedado decidido que los periódicos realistas harían una guerra á muerte y sistemática á aquellos peligrosos adversarios que se convirtieron en los propagadores de la Doctrina, aquella fatal secta que derribó á los Borbones el día en que la más mezquina de las venganzas llevó al escritor realista más brillante á aliarse con ella. De Arthez, cuyas opiniones absolutistas eran desconocidas, quedó comprendido en el anatema pronunciado contra el cenáculo, é iba á ser su primera víctima. Su libro debía ser pulverizado. Luciano se negó á hacer su crítica, y esta negativa promovió un violento escándalo entre los hombres considerables del partido realista que habían acudido á aquella cita, los cuales declararon terminantemente á Luciano que un recién convertido no podía tener voluntad, y que si no le convenía pertenecer á la monarquía y á la religión, podía volverse á su primer campo. Merlin y Martainville le llamaron aparte y le advirtieron que entregaba á Coralia al odio que los periódicos le tenían declarado y que no podía contar tampoco, para defenderse, con los periódicos realistas y ministeriales. La actriz iba á dar lugar, sin duda, á una ardiente polémica que le procuraría esa fama por la que tanto suspiran las mujeres de teatro.

—Usted no entiende de esto—le dijo Martainville.—Coralia trabajará tres meses en medio del fuego graneado de nuestros artículos, y éstos le valdrán luego una contrata por la cual ganará treinta mil francos en tres meses. Llevado

de un escrúpulo que le impedirá á usted ser político, va usted á estropear su porvenir y á matar á Coralia.

Luciano se vió obligado á optar entre de Arthez y Coralia. Si no degollaba al escritor en su periódico, su querida estaba perdida. El pobre poeta volvió á su casa con la muerte en el alma; se sentó al amor del fuego y leyó aquel libro, que es uno de los más hermosos de la literatura moderna. Derramó abundantes lágrimas en cada página, dudó algún tiempo, y al fin, tomando el volumen, como toman los niños un pájaro para desplumarlo y martirizarlo, escribió acerca de él un artículo como él sabía hacerlo. Su terrible mofa era tal, que podía dañar al libro. Volviendo á repasar aquella hermosa obra, se despertaron todos los buenos sentimientos de Luciano, y saliendo el poeta de su casa á media noche, recorrió París, se fué á casa de de Arthez, y á través de los cristales, vió el casto y tímido resplandor que tantas veces había contemplado con la admiración que merecía la noble constancia de aquel verdadero genio. Como no se sintiese con fuerzas para subir, permaneció algunos instantes inmóvil en la esquina; pero, al fin, guiado por el ángel bueno, subió y encontró á de Arthez estudiando en su habitación, sin fuego.

—¿Qué le ocurre á usted?—dijo el joven escritor al ver á Luciano, comprendiendo que sólo una gran desgracia podía llevarle allí.

—Tu libro es sublime y me condenan á atacarlo—exclamó Luciano con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Pobre muchacho! ¡qué pan más duro comes!—le dijo de Arthez.

—Sólo le pido á usted un favor, que guarde el secreto de mi visita y que me deje en mi infierno entregado á mis ocupaciones de condenado. Tal vez no se llega á nada sin comerciar con los sentimientos más gratos del corazón.

—¡Siempre el mismo!—dijo de Arthez.

—¿Me cree usted un cobarde? No, de Arthez, no; lo que soy es un hombre ebrio de amor.

Y le explicó su situación.

—Veamos ese artículo—dijo de Arthez, conmovido ante el relato que Luciano acababa de hacerle de Coralia.

Luciano le tendió el manuscrito, y una vez que de Arthez lo hubo leído, no pudo menos de exclamar, sonriendo:

—¡Qué modo más fatal de emplear el ingenio!

Pero se calló al ver á Luciano sentado en un sofá y sumido en profundo dolor.

—¿Quiere usted dejarme corregirlo?—repuso.—Yo se lo enviaré á usted mañana. La burla deshonra á una obra, mientras que una crítica grave y seria es á veces un elogio. Yo sabré hacer su artículo más honroso para usted y para mí. Por otra parte, nadie mejor que yo conoce mis faltas.

—Cuando se sube una árida pendiente, se encuentra á veces un fruto para apaciguar una sed horrible, y ese fruto es este—dijo Luciano arrojándose en los brazos de Arthez para llorar en ellos y besarle la frente.—En este momento me parece que le confío á usted mi conciencia para que me la devuelva algún día.

—Yo considero el arrepentimiento periódico como una gran hipocresía—dijo solemnemente de Arthez,—porque el arrepentimiento es una virginidad que el alma debe á Dios; y el hombre que se arrepiente dos veces es un horrible sicofante. Mucho me temo que tú llegues á ver absoluciones en tus arrepentimientos.

Estas palabras anonadaron á Luciano, el cual se volvió lentamente hacia la calle de la Luna. Al día siguiente, el poeta llevó al periódico su artículo corregido por de Arthez; pero desde entonces se sintió devorado por una melancolía que no supo siempre ocultar. Cuando por la noche vió la sala del Gimnasio llena, sintió las terribles emociones que procura un estreno en el teatro, aumentadas para él por todo el poder de su amor. Todas sus vanidades estaban en juego, y su mirada abrazaba todas las fisonomías, como abraza la de un acusado las caras de los jurados y de los jueces: un murmullo iba á hacerle temblar; un pequeño incidente en la escena, las entradas y salidas de Coralia y las menores inflexiones de su voz iban á agitarle desmesuradamente. La pieza en que se estrenaba Coralia era una de las que caen y vuelven á levantarse, y la pieza cayó. Al entrar en escena, Coralia no sólo no fué aplaudida, sino que fué acogida con frialdad por el público de las butacas. En los palcos no oyó más aplausos que los de Camusot, y algunas personas que ocupaban las galerías hicieron cesar al negociante con repetidos siseos. Las galerías impusieron silencio á la claqué cuando ésta se entregó á salvas de aplausos, exagerados evidentemente. Martainville aplaudía valerosamente, y la hipócrita Florina, Nathán y Merlín le imitaban. Una

vez reventada la pieza, Coralia recibió en su cuarto infinidad de visitas que agravaron su mal por los consuelos que le prodigaban. La actriz se sintió desesperada, más bien que por ella, por Luciano.

—Hemos sido engañados por Braulard—dijo éste.

Coralia sufrió una fiebre horrible, estaba atacada en el corazón, y al día siguiente le fué imposible representar. Luciano le ocultó los periódicos, que, en general, atribuían la caída de la pieza á Coralia, á la cual le habían engañado sus fuerzas, toda vez que si hacía las delicias de los teatros de los bulevares, resultaba pequeña para el Gimnasio. Había sido llevada allí por laudable ambición, pero no había consultado bien sus medios y había comprendido mal el papel. Luciano leyó después, acerca de Coralia, escritos hechos por el mismo sistema hipócrita de sus artículos acerca de Nathán. Al ver esto, se puso lívido, y una rabia digna de Milón de Crotona se apoderó de él: con una fraseología llena de admirable bondad, de complacencia y de interés, sus amigos daban á Coralia los consejos más pífidos, diciéndole que debía hacer ciertos papeles que el poeta sabía que estaban en oposición directa con su talento. Esto decían los periódicos realistas, aleccionados, sin duda, por Nathán. Respecto á los periódicos liberales, desplegaban las perfidias y las burlas que Luciano había puesto en práctica en otras ocasiones. Coralia oyó uno ó dos sollozos, saltó de su cama para ver á Luciano, vió los periódicos y quiso leerlos. Después de la lectura, volvió á acostarse y guardó silencio. Florina formaba parte de la conspiración, tenía noticias del fracaso, sabía el papel de Coralia y había tenido á Nathán por director. La empresa tenía interés por la pieza, quiso dar el papel de Coralia á Florina, y el director fué á ver á la pobre actriz, encontrándola abatida y llorando; pero cuando le dijo delante de Luciano que Florina sabía su papel y que era preciso representar la pieza aquella noche, se levantó y saltó de la cama, diciendo:

—Yo la haré.

Pero cayó desmayada. Florina obtuvo, pues, el papel y se creó una reputación salvando la pieza. Todos los periódicos le prodigaron una ovación, á partir de la cual fué la gran actriz que todos sabéis. El triunfo de Florina causó la mayor desesperación á Luciano.

—¡Una miserable á quien tú has dado de comer algunas

veces! Si el Gimnasio quiere, mañana puedes rescindir tu contrata. Yo seré conde de Rubempré, haré fortuna y me casaré contigo.

—¿Qué tontería!—dijo Coralía dirigiéndole una triste mirada.

—¿Tontería?—exclamó Luciano.—Pues bien, dentro de algunos días habitarás una hermosa casa y arrastrarás un gran tren.

El poeta tomó dos billetes de mil francos y corrió á Frascati. El desgraciado permaneció allí siete horas devorado por furias, con el rostro tranquilo y frío en apariencia. Durante aquel día y una parte de la noche, tuvo las más diversas alternativas: llegó á tener treinta mil francos, y salió sin un céntimo. Cuando volvió á su casa, encontró á Finot que le esperaba para que le entregase sus articulitos. Luciano comió la falta de quejarse.

—¡Ay, amigo mío! no todo es de color de rosa—respondió Finot.—Ha dado usted tan bruscamente la media vuelta á la izquierda, que tenía usted que perder el apoyo de la prensa liberal, que tiene mucha más fuerza que la realista y la ministerial. Nunca hay que pasarse de un campo á otro sin tener antes la seguridad de indemnizarse de las pérdidas que esto puede acarrear, y en todo caso, un hombre sensato debe ir á ver á sus amigos á exponerles sus razones y á pedirles consejos, con lo cual pasan á ser sus cómplices y quedan convenidos en hacerse servicios mutuos, como hicieron Nathán y Merlín. Los lobos no se muerden entre sí, y usted en esta ocasión ha empleado la inocencia del carnero. Se verá usted obligado á enseñarle los dientes á su nuevo partido, para sacar alguna utilidad. No le ocultaré á usted el rumor, el escándalo y las exclamaciones que ha promovido su artículo contra de Arthez. Marat es un santo comparado con usted, y no puede usted imaginarse los ataques que le esperan. El libro de usted sucumbirá. ¿En qué estado se halla la novela?

—Aquí tengo el último cuaderno—dijo Luciano enseñándole un paquete de pruebas.

—Se le atribuyen á usted los artículos sin firmar de los periódicos ministeriales y ultras contra ese pequeño de Arthez. Ahora, todos los días los alfilerazos del *Despertar* son dirigidos contra las gentes de la calle de los Cuatro Vientos, y las bromas son tanto más sangrientas, cuanto que son ori-

ginales y burlonas. Tras el periódico de León Giraud se oculta todo un partido político, grave y serio, partido que estará en el poder tarde ó temprano.

—Hace ocho días que no le he puesto los pies en la redacción del *Despertar*.

—Pues bien, piense usted en mis articulitos. Hágame usted cincuenta en seguida y se los pagaré juntos. Pero procure usted que sean de la índole del periódico.

Y así, indiferentemente, Finot dió á Luciano el asunto de un artículo satírico contra el ministro, contándole una pretendida anécdota que, según él, corría por los salones.

Para reparar sus pérdidas en el juego, Luciano, á pesar de su disgusto, tuvo vena bastante para escribir treinta artículos de dos columnas cada uno, y una vez acabados los artículos, se fué á casa de Dauriat, creyendo encontrar allí á Finot, para entregárselos en secreto; eso sin contar con que deseaba tener una explicación con el librero á fin de preguntarle cuál era la causa de que no publicase las *Margaritas*. El poeta encontró la tienda del librero llena de enemigos suyos, los cuales, al verle, guardaron completo silencio y cesaron en sus conversaciones.

Al ver la actitud de sus antiguos con pañeros, Luciano sintió redoblar su rabia, y se dijo para sus adentros, como se había dicho en otra ocasión:

—¡Triunfaré!

Dauriat no estuvo con él amable ni cariñoso; sino que, rapetado en su derecho, se mostró burlón, diciendo que, siendo, como era, propietario de las *Margaritas*, las daría á la publicidad cuando lo creyera más conveniente.

Cuando Luciano le dijo á Dauriat que estaba obligado á publicar las *Margaritas* por la naturaleza misma del contrato y la calidad de los contratantes, el librero sostuvo lo contrario y dijo que, judicialmente, nadie podía obligarle á efectuar una operación que él juzgaba mala, y que, por otra parte, le quedaba á Luciano la solución, que sería admitida por todos los tribunales, de devolverle los mil escudos y hacer que un librero realista publicase su obra.

Luciano se retiró, más picado del tono moderado que Dauriat había empleado, que por la pompa aristocrática de su primera entrevista. Las *Margaritas* no serían, pues, publicadas hasta el momento en que Luciano pudiera contar con las fuerzas auxiliares de un compañerismo poderoso ó